

CAPITULO XX.

EL EMPERADOR EN FRANCIA.

NUEVAS GUERRAS CON FRANCISCO I.

1529.—1538.

Comportamiento de Francisco despues de la paz de Cambray.—Busca enemigos al emperador.—Desententada política del francés.—Suplicio horrible de hereges: irrita á los principes reformistas á quienes habia halagado.—Marcha contra Milan.—Despoja al duque de Saboya.—Acógese éste á la proteccion del emperador.—Pretende el francés suceder al duque Sforza en el Milanésado.—Solemnísima declaracion de guerra hecha á Francisco I. por el emperador en Roma, en plena asamblea del papa, cardenales y embajadores: re- to arrogante.—Entrada del emperador con grande ejército en Fran- cia: imprudente confianza de Carlos.—Atinadas medidas de Fran- cisco para la defensa de su reino.—Comprometida situacion del ejército imperial.—Retirada deshonrosa.—Muerte del famoso capi- tan Antonio de Leiva.—Vuelve Carlos V. á España.—Guerras de franceses é imperiales en Flandes y Lombardia.—Intervencion de dos reinas en favor de la paz.—Treguas.—Alianza de Francisco I. con el sultan de Turquía contra el emperador.—Formidable arma- da turca en las costas de Italia.—Barbaroja y Andrés Doria.—Ne- góciase la paz entre Carlos y Francisco.—Buenos oficios del papa y de las dos reinas.—Tratado de Niza.—Tregua de diez años.—Céle- bre entrevista de Carlos y Francisco en Aguas-Muertas.—Se abra- zan, y se separan amigos.—Resultado de estas guerras.

Un soberano habia tambien en Europa que en vez de alegrarse de los triunfos de Carlos V., no solo los

oía con envidia, sino con pena, y aun procuraba ser- virse de ellos como de arma para concitar los recelos y sospechas de las demas naciones sobre su desmedi- do engrandecimiento y sobre sus designios, como ha- bia aprovechado su ausencia para trabajar en suscitar- le compromisos y enemigos.

Este soberano era Francisco I. de Francia, su eter- no rival, que humillado y mortificado desde la paz de Cambray (1527), alimentaba en secreto su antiguo odio á Carlos, y no habia cesado de buscar ocasiones y pretextos para ver de recobrar su perdida influencia y vengar las humillaciones recibidas del emperador. Un agravio que el duque de Milan Francisco Sforza le hizo en la persona de su embajador ⁽¹⁾, le dió moti- vo para amenazar á Sforza, para quejarse ágríamente al emperador, suponiéndole autor de aquel ultraje, y para apelar á todos los príncipes de Europa contra Carlos, de quien no pudo alcanzar satisfaccion (1533). Pero sus gestiones fueron inútiles. El pontífice Pau- lo III. que habia sucedido á Clemente VII. quiso man- tenerse neutral en las cuestiones de los dos monarcas, y Enrique VIII. de Inglaterra no se prestaba á favo- recer á Francisco, mientras éste no se emancipára co- mo él de la obediencia á la silla apostólica. Entonces el monarca francés en su ciega indignacion se preci-

(1) El caballero milanés Mer- veille, á quien el duque hizo con- denar á pena capital por muerte dada en una disputa á un criado suyo.

pitó en una marcha política incomprensible, contradictoria, y á todas luces desatentada. Quiso hacerse partido con los príncipes protestantes de la liga de Smalkalde ⁽¹⁾, halagando sus doctrinas, y á este objeto envió á Alemania á Guillermo Du Bellay, y aun invitó á Melancthon, el mas moderado y pacífico de los reformadores, á que pasase á París para tratar el medio de avenir las sectas reformistas que desgraciadamente desunian á la iglesia. Y en los momentos que Carlos V. proyectaba en favor de la cristiandad su expedicion contra Barbaroja (1534), Francisco daba audiencia pública á un enviado del Gran Turco, y manejábase de modo que llegó á entablar, en ódio al emperador, inteligencias secretas con el Sultan y con el famoso corsario.

Mas para desvanecer las vehementes sospechas que de poco afecto á la iglesia católica daba con tan imprudentes pasos, determinó hacer un alarde público de celo religioso, pero llevándolo á tal extremo que le colocó en otra situacion no menos comprometida y grave. Unos protestantes franceses, sectarios de Zuin-glio (que ya la reforma habia penetrado tambien en Francia), habian fijado en París á las puertas del Palacio real y de otras casas principales unos carteles indecorosos; insultando los mas venerables dogmas y artículos de la religion. Aprovechó el rey aquella oca-

(1) Para la mejor inteligencia de estos sucesos, conviene mucho recordar los capitulos XIV. y XVI. del presente libro.

sion para dar un testimonio público de que era un celoso católico y un verdadero Rey Cristianísimo. Mandó hacer una procesion solemne llevando el Santísimo Sacramento por las calles de París, en el cual iba toda la real familia, y marchaba él mismo á pié, con la cabeza descubierta y una hacha encendida en la mano (enero, 1535). Despues de la procesion exortó al pueblo á permanecer en la fé católica; y añadió con enérgico lenguaje, que era tal su aborrecimiento á la heregía que castigaria con la muerte á sus mismos hijos si de ella estuviesen infestados, y que si sintiese una de sus manos contaminada, se la cortaria con la otra. Y como se hubiese descubierto á seis de los autores de los pasquines, los hizo quemar pública y bárbaramente, mandando que se ejecutase lo mismo con todos los que hubiese en el reino ⁽⁴⁾.

Con esto irritó á los príncipes de la liga de Smalkalde, á quienes habia tratado de halagar, y que nunca tuvieron confianza en las declaraciones del monarca francés; de modo que no le fué posible ya hacerlos amigos, por mas artificios y por mas esfuerzos que para ello empleára el enviado Du Bellay. Aun el mismo elector de Sajonia, el mas acalorado reformista, no

(4) Decimos «bárbaramente», pues segun Sandoval, los suplicios se ejecutaban atando á los sentenciados á una máquina que los levantaba en el aire: debajo se encendia un fuego vivo, en el cual se los dejaba caer para que se tostaran un poco; luego se les volvia á levantar, hasta que finalmente, el verdugo cortaba la soga y caían dentro del fuego hasta convertirse en ceniza. Hist. de Carlos V., libro XXII, núm. 49.—Y los franceses de aquel siglo proferian invectivas contra la inquisicion española!

permitió ya á Melancthon hacer el viage á Francia, bien que le lisonjeára verse llamado por un soberano tan poderoso.

Sin embargo de no hallar el rival de Cárlos apoyo alguno en los príncipes, no por eso renunció á su deseo de suscitar embarazos al emperador, y á su afan de dominar en Italia, haciendo marchar su ejército á este pais, primeramente contra el duque de Milan, cuyo ultraje no queria dejar sin venganza, y despues contra el duque de Saboya, cuñado y aliado íntimo del emperador, á quien comenzó á despojar de sus estados, alegando el derecho que decia tener á ellos por su madre Luisa de Saboya, y renovando todas las antiguas reclamaciones de la corona de Francia. Débil como era el saboyano para resistir á tan poderoso monarca como el francés, tuvo que sufrir el despojo de la mayor parte de sus tierras, no quedándole otro recurso que acogerse á la proteccion de su deudo y amigo el emperador, que acabando de llegar de Africa no podia auxiliarle con la presteza que quisiera.

La muerte sin sucesion del duque Francisco Sforza acaecida por este tiempo (octubre, 1535), añadió nuevo y mas vivo fuego á las rivalidades entre el emperador y el monarca francés sobre la eterna cuestion del Milanesado, pretendiendo Francisco que volviese á la corona de Francia, por mas que ocho años antes hubiera renunciado solemnemente todo derecho á Mi-

lan y á Nápoles⁽¹⁾, y tomando Cárlos posesion del ducado vacante, como feudo del imperio, y alzándose por él pendones en Milan. Entretuvo no obstante el emperador al rey de Francia con astuta política, haciéndole concebir alternativamente esperanzas de dar la investidura de aquel ducado, ya al duque de Orleans, su segundo hijo, ya al de Angulema, su hijo tercero, y guardando una conducta ambigua, mientras secretamente se preparaba á hacerle la guerra, concertándose con Venecia y los cantones suizos, y levantando hombres y recursos en abundancia, de Nápoles, de Sicilia, de España, de Alemania y de Flandes, que todos le facilitaron con el mayor placer, por el prestigio que entonces acompañaba su nombre.

En efecto, Cárlos á su regreso de Tunez, habia sido festejado en toda Italia con cuantas manifestaciones de público regocijo podia inspirar el mas loco entusiasmo. Las fiestas de Nápoles escedieron á todo lo que en aquella poblacion se habia visto en ningun tiempo, compitiendo todas las clases á porfia, desde el clero episcopal y la alta nobleza hasta los artesanos mas humildes, en agasajarle con procesiones, banquetes, saraos, mascaradas, corridas de toros á estilo de España, y con todo lo que la fecunda imaginacion de los napolitanos podia inventar de mas fastuoso, y agotando su talento los oradores y poetas de Italia

(1) Documentos del Archivo de 4527.—Sandoval, Hist., lib. XXII. Simancas.—Tratado de Madrid de número 48.

para derramar el incienso de las alabanzas y ensalzar la grandeza y las victorias del César. En el camino de Nápoles á Roma, y principalmente en su entrada en la ciudad de los césares y de los pontífices, su recibimiento no fué menos ostentoso que el de los antiguos triunfadores romanos (5 de abril, 1536). Veinte y dos cardenales, y multitud de arzobispos, obispos, abades, clérigos, nobles, magistrados y ciudadanos, salieron fuera de los muros de la ciudad santa á ofrecerle su respetuoso homenaje. La comitiva imperial iba vestida de toda gala con ricas telas de seda y oro. Marchaba delante el senado y cancillería romana, y detrás el emperador debajo del palio, cuyas varas llevaban caballeros y gentiles-hombres. La guardia de castillo de Sant-Angelo abatió sus armas y bandera al pasar Su Magestad Cesárea, y los soldados se arrodillaron todos. A la puerta de San Pedro le esperaba el papa con otros cuatro cardenales y varios prelados. Carlos se apeó, besó el pie al pontífice, y éste le abrazó muchas veces, no pudiendo percibirse lo que entre sí hablaron por el ruido de las músicas y de las salvas de artillería. Estuvo el emperador la Semana Santa en Roma; anduvo las estaciones y asistió á las ceremonias sagradas con toda solemnidad y grande acompañamiento, y habló al pontífice de la necesidad de tener pronto un concilio general para la estirpacion de las heregías.

Quando así se hallaba Carlos halagado y mimado,

y cuando tenia hechos sus preparativos de guerra, entonces fué cuando el rey Francisco I. le dió la mala tentacion de apurarle por medio de sus embajadores para que le diese una respuesta categórica en lo de Milan; y como al propio tiempo supiese Carlos que los embajadores del francés le andaban haciendo inculpaciones sobre las guerras pasadas y hasta sobre la propagacion de la heregía de Lutero, atribuyéndola á descuido suyo ó falta de energía, llenóse de indignacion, y prometió contestarles al dia siguiente en una sesion que se habia de celebrar á presencia del pontífice, del colegio de cardenales y de los embajadores de todas las potencias existentes en Roma. En esta célebre sesion (17 de abril), pronunció el emperador en lengua castellana un estudiado, estenso y vigoroso discurso, en que comenzó ponderando sus esfuerzos por mantener la paz de Europa, y prosiguió haciendo fuertes y severísimos cargos al francés por las guerras injustas que llevado de su ambicion le habia movido, echándole en rostro su ingratitud y deslealtad en la infraccion de los tratados de Madrid y de Cambray, el despojo que acababa de hacer de sus dominios al duque de Saboya, y sus injustas pretensiones al ducado de Milan, Y saliendo de su natural moderacion añadió: «Pues sepa el rey Francisco, y sepan »cuantos me oyen, y con ellos todo el mundo, que ni »tengo de dar á nadie lo mio, ni tomar tampoco lo ajeno, ni disimular las injurias del duque de Saboya.

»Entiendan todos mi propósito. No diga el rey que le
 »quiero engañar ni tomarle de sobresalto: de aquí
 »me iré con el favor de Dios á Lombardía, juntaré
 »allí el mayor ejército que pudiere, y con él en-
 »traré por Francia, y procuraré vengar mis inju-
 »rias y las de los míos, como á mi oficio conviene
 »hacerlo.

»Mas lo mejor de todo (continuó con arrogancia)
 »será escusar los grandes males y daños que suelen
 »seguirse de la guerra, á donde padecen ordinaria-
 »mente los que no tienen culpa. Hayámoslo nosotros
 »de bueno á bueno: pongamos el negocio en las
 »armas. Haga el rey campo conmigo de su persona á
 »la mía, que desde agora digo que le desafío y pro-
 »voco, y que todo el riesgo sea nuestro, cómo y de la
 »manera que á él le pareciere, con las armas que le
 »plazca escoger, en una isla, en un puente, á bordo
 »de una galera amarrada en un río..... que yo confi-
 »en Dios, que como hasta agora me ha sido favora-
 »ble, y me ha dado victoria contra él y contra todos
 »los enemigos suyos y míos, me ayudará ahora en
 »una causa tan justa.....»

Dijo esto en tan alta voz, y con acento tan impe-
 rioso y vehemente, que el papa no pudo menos de
 interrumpirle, y de exhortarle, dándole paz en el
 rostro, con mansas y dulces palabras, á que templase
 el enojo que le arrebatava, y á que no pusiera en tan
 peligroso trance su persona que tanto importaba en

el mundo. Quisieron hablar los embajadores de Fran-
 cia, y el pontífice no se lo permitió. Dióse la sesión
 por terminada; un embajador francés rogó al emperador
 le diese su discurso escrito; hízolo el César, aunque
 suavizando algunas frases, y esta inusitada y solemne
 declaración de guerra le fué llevada inmediatamente
 á Francisco I., que tenía á la sazón cerca de treinta
 mil soldados en el ducado de Saboya, haciendo todo el
 daño que podían.

Ya no había medio posible de evitar otra guerra
 entre los dos antiguos rivales, y el papa mismo que
 hubiera querido impedirlo tuvo que presenciar los
 armamentos del ejército imperial. Partió pues Carlos
 de Roma, dirigiéndose sucesivamente á Siena, Flo-
 rencia, Asti y Fossano: esta última plaza la tenía
 sitiada Antonio de Leiva con quince mil infantes,
 alemanes, españoles é italianos. El ejército que el
 emperador llegó á reunir era de setenta mil hombres
 con cien piezas de artillería: sus principales caudillos,
 el marqués del Vasto, el duque de Alba, el conde de
 Benavente, el marqués de Aguilar, el príncipe de
 Visiñano, don Fernando Gonzaga, Ascanio Colona y
 el príncipe de Salerno; pudiendo decirse el general
 en jefe Antonio de Leiva, puesto que su parecer y
 consejo era el que seguía el emperador comunmente
 (1). El plan de Carlos era penetrar en el Medio-

(1) «Sumario de la relación de ballo que había en el ejército de
 gente de guerra de pie y de ca- S. M., segund las muestras toma-

dia de la Francia, con el grueso del ejército, mientras dos cuerpos de tropas levantadas por sus dos hermanos, Fernando, rey de Romanos, y María, gobernadora de Flandes, invadían también la Francia, por la Champaña el uno y por la Picardía el otro. En vano sus generales le suplicaron que se mirase bien en llevar adelante tal empresa, y en vano el marqués del Vasto con más empeño que todos le rogó hasta de rodillas que renunciase á un pensamiento que veía erizado de inconvenientes y peligros, recordándole el mal éxito que en la misma empresa y en ocasión más

das en principio de Julio de 1536. Sumario que se pone al fin de la relación, cuyas partidas por mayor son las que anteceden:

<i>Caballería.</i>			
Gente de armas.	580	Gente de armas (lanças).	590
Caballos ligeros.	4,740	Caballos ligeros de todas naciones.	4,790
	5,320	Infantes españoles.	9,850
<i>Infantería.</i>		<i>(Créese que llegarán á 40,000).</i>	
Infantería española.	9,850	Infantes alemanes.	24,600
Infantería alemana.	24,080	Infantes italianos.	25,850
Infantería italiana.	9,700	Caballos de artillería.	2,000
	43,630	Más la gente de corte de caballo y de pie.	
ITALIANOS.		Acuerdo consultado con S. M. en Saviñan, lunes 10 de Julio de 1536.	
Que van con el príncipe Andrea Doria.	6,900	Hánse de hacer por el camino donde ha de ir S. M. desde Cuni á Niça seis jornadas, y dos de aquí á Cuni, que son ocho jornadas.	
Los que quedan en Milan y Vercelli en guarda de los castillos de Crémona, Lodi, Pavia, Alejandria.	2,400	La gente de armas y caballos han de hacer diez jornadas desde esta villa de Saviñan hasta Niça.	
La que debe quedar en Turin.	6,200	Archivo de Simancas, Estado, Leg. núm. 34.	
	15,200		

favorable habían tenido el duque de Borbon y el marqués de Pescara, y haciéndoles presente que de todos modos sería necesario dejar antes sujeto el Piamonte. Cegó á Carlos esta vez el humo de tanto incienso como en Italia había recibido, traíanle un tanto desvanecido sus victorias de Africa, perturbábale su irritación contra el francés, y hubiérale acabado de decidir, si necesario fuese, el consejo de Antonio de Leiva, que hablando de Francisco y de los franceses solía decir: «á los animales bravos se los ha de buscar en sus mismas cuevas (1).»

(1) Esto es lo que generalmente dicen los historiadores. Pero no dejaba de haber razones muy fuertes en favor de la entrada en Francia, según un documento contemporáneo, escrito, se conoce, por persona entendida y de la confianza del emperador (tal vez por el mismo Antonio de Leiva), que nosotros hemos hallado entre los papeles de Estado de Simancas (legajo núm. 34), en el cual se pesan los inconvenientes de entrar y los de no entrar en Francia, inclinándose en favor de la invasión; y dice así:

En Saviñan á 15 de Julio (1536).

Las dificultades que ocurre que ay en la pasada de S. M. en Francia.

«El primer inconveniente es la falta del dinero, porque aunque se busque y halle para cumplir lo que será menester para este mes de Julio, pasado el mes, si no se halla algún espediente para anticipar los dineros que se

esperan, á lo menos para media paga del mes de Agosto, para poder entrar en Francia, sería cosa de mucho peligro y inconveniente; y si para entonces no llegan los dineros de España, lo que se cree que no llegará, parece que buscarles acá, segund esta tierra y el tiempo, será muy dificultoso, aunque se harán todas las diligencias que sean posibles, así en Génova y Milan, como enviando á Nápoles y Roma.

«Lo 2.^o es lo de las vituallas, porque aunque se ha proveído lo que es menester para ir hasta Niça, sería menester saber lo que hay adelante, y para esto parece que se debe enviar persona espresa con gran diligencia, que vaya y vuelva para tomar á S. M. antes que parta de aquí ó ven la primera jornada, con la certinidad de lo que en esto hay, y que la información sea así de lo que hay en Niça, como de lo que de Génova se ha enviado allí, y de lo que el rey de Francia ha proveído en quemar y gastar las vituallas de allí adelante.

Un acontecimiento impensado facilitó al emperador la entrada en Francia. El marqués de Saluzzo, á quien Francisco habia confiado un cuerpo de ejército para la defensa del Piamonte, ó por reyertas que tuvo

»y hasta saber la certinidad de lo uno y de lo otro, parece que se debe caminar mas despacio que es taba acordado.

»El tercio es que el tiempo es tan muy adelante, que no quedan si o dos meses para guerrear, y se va á parte y Reyno muy apercebido y proveido y fortificado por la parte de la mar y de la tierra.

»El 4.º es lo que se dice que tienen concertado en siendo Su Magestad pasado los montes, juntar la gente que tienen acordada en Italia y enviar mas de Francia, y hacer un cuerpo de toda y de la que queda en Turin, y mover todas las cosas de Italia y apoderarse de todo lo que pudiesen, para lo cual hacen fundamento que el Papa y Venecianos tienen celos de la pasada de Su Magestad en Francia, y de su grandeza, y no estarán firmes en la devocion de S. M., y se mostrarán por ellos y se alterarán todas las cosas de Italia de manera que se pongan en condicion y aventura.

»El 5.º qué se ha de hacer del ejército pasado Agosto y Setiembre, porque se tiene por dificultoso podello deshacer estando dentro en Francia no lo pudiendo sostener adelante.

»Los inconvenientes que ay en dexar de passar S. M.

»Lo primero, que por lo que hasta agora está hecho y la publicacion que se ha hecho desta

»entrada, habiendo venido S. M. para ello de tan lejos, dejarse de hacer seria perder mucha reputacion y crédito, que es en lo que mas se debe mirar, y aun no podría dejar de ser deshonra.

»El mismo inconveniente que hay en la falta del dinero para pasar en Francia, hay dejado de pasar.

»Lo otro, que el Rey de Francia, dejando de pasar, y hallándose como está, armado, podría dar sobre España, para donde ya tiene encaminada mucha parte de su gente.

»Lo otro, que Musr. de Nasao quedaria en evidente peligro de perder el ejército, y quedarian las tierras de Flandes en mucha aventura, y seria faltar á lo que S. M. les ha prometido, que entrarían por acá, y retirándose el armada, dejarían de pagar el servicio que han otorgado, y se amolinarian los vasallos y podrían rescibir mucho daño de Gueldres.

»Lo otro, que el duque de Saboya quedaria perdido, y de su estado á lo menos lo que tiene de los montes allá, y asi mismo lo de Saluzio.

»Lo otro, que el rey de Francia, no pasando S. M., quedaria tan soberbio, que no vernia á paz sino con grand ventaja suya, y tractaria de tratar al Turco el año que viene y no se haria el concilio.

»Lo otro, que nose halla lugar para la persona de S. M. ni adonde debria ir.

con el almirante de Francia, ó porque dando fé á pronósticos de astrología judiciaria á que era muy dado, creyese que el poder de la nacion francesa estaba tocando á su término, y que Carlos se iba á alzar con la soberanía general de Europa, abandonó su puesto y se pasó al campo imperial, dejando comprometida y casi abierta la tronera. Defecion que nos hace recordar la del duque de Borbon y la de Andrés Doria, y la mala suerte, y tal vez tambien el mal manejo que Francisco tenia con sus generales. La fortuna de éste

»Que con esta pérdida de reputacion, se cree que el Papa ni los otros Potentados de Italia no vernán en mas liga con S. M. que la que tienen hecha, antes se cree que con este favor el Rey de Francia terná mas parte de la que tenia.

»Que el Rey de Inglaterra, con quien se tiene esperança de tractar convenientemente, y aunque se declarara á ayudar contra el Rey de Francia en esta empresa, se meterá en mas estrecha amistad con el Rey de Francia, ya nunca tornará á la obediencia de la Iglesia romana, y meterá en notorio inconveniente las tierras de Flandes, Lubech y Dunquerque y otras de aquellas partes.

»Que con esta derreputacion, no solamente S. M. perderá el crédito con los soldados alemanes que han tenido esperança desta pasada en Francia, mas aun con los electores, principes y estados del imperio, y tomarán para esto mas atrevimiento los desviados de la fee para juntarse y colligarse estrechamente con los Reyes de Francia y Inglaterra en perjuicio de S. M., del Rey de

»romanos, y de sus dignidades, y para continuar con sus errores y atraer por desesperacion lo demas de Alemania.

»Demas desto, el vavoda que es en punto de concertarse con el Rey de romanos, y que segun se escribe de allá no spera otro sino ver que S. M. entre en Francia, dexará de concertarse y ocupará todo el Reyno de Hungria irremediabilmente.

»Y no solamente esta derreputacion dañará á S. M. y á la Cristiandad, mas aun el turco tomará osadia, aunque el Rey de Francia no le ayudase y sollecitase, de emprender contra S. M. y la Cristiandad.

»Por los cuales inconvenientes entre otros, puede parecer que menos mal es pasar en Francia, aunque no se hiciese otro efecto, y que alli se harán otras excusaciones mas convenientes que dejando de pasar.»

Al final tiene la nota siguiente
»Trasladadme esto esta noche de letra que parezca á la mia, haciéndola algo pequeña, y nadie la vea.»

fué por Mompezat, que defendia la plaza de Fossano, aunque al fin tuvo que rendirla á Antonio de Leiva, embarazó no obstante á fuerza de valor y de destreza al ejército imperial cerca de un mes, dando lugar á Francisco á combinar un plan de defensa para resistir dentro de su reino á tan poderoso enemigo. Este plan, al parecer opuesto al genio vivo y agresivo de la nacion francesa, y cuya ejecucion se encomendó á Montmorency, á quien se supone tambien su autor, consistia en estar á la defensiva, no comprometerse ni aceptar batalla sin la seguridad del buen éxito, no guarnecer sino las plazas mas fuertes, concentrarse en ellas, destruir las otras, y talar y dejar sin mantenimiento los paises y comarcas limítrofes, obligando á los habitantes de las poblaciones indefensas á abandonar sus casas y trasladarse á las montañas ó al interior del reino. Las plazas que se determinó defender fueron Aviñon, Marsella y Arlés, y la devastacion se estendia desde los Alpes hasta Marsella, y desde el litoral del Mediterráneo hasta los confines del Delfinado. Pocas veces se ha visto á una nacion civilizada recurrir á un medio tan heróico y extremo para defenderse de una invasion extranjera.

Sordo, pues el emperador á las reflexiones de sus generales, se lanzó con la vanguardia de su ejército á las fronteras de la Provenza sin dejar asegurado el Piamonte (agosto, 1536), y embriagado con la idea

de un triunfo que se le presentaba seguro, mientras se le incorporaban las tropas procedió á distribuir entre sus oficiales las conquistas que se imaginaba. Mas no tardó su confianza en bajar de punto al encontrarse en medio de un pais desierto y devastado, y ya comprendió que quien habia dejado yermas provincias enteras de su propio reino, mostraba bien su resolucion de defenderle hasta la última estremidad. Esperaba no obstante Cárlos recibir algunas subsistencias por mar; pero aunque Andrés Doria habia entretanto tomado á Tolon, hallábase su flota detenida por contrarios vientos. No sabiendo ya qué hacer de sus tropas, tentó dar un golpe decisivo sobre Aviñon, mas hubo de desistir en vista de haberle representado impracticable la empresa los oficiales que envió á reconocer el terreno. Entonces el emperador avanzó sobre Marsella, mientras el marqués del Vasto lo verificaba sobre Arlés, esperando que los franceses dejarian su fuerte posicion para acudir al socorro de las dos plazas. En todo se engañó esta vez Cárlos; Montmorency permaneció como inmutable; las guarniciones de Arlés y Marsella los rechazaron vigorosamente, y despues de haber intentado un segundo esfuerzo contra Aviñon, tan infructuoso como el primero, se vió obligado á retirarse de Francia sin gloria, y sin otro fruto de tan inmensos preparativos que haber malgastado dos meses y muchos recursos en una empresa temeraria, y haber perdido la mitad de sus soldados,